



Realmente solo dos palabras para agradecerles honrarme de tan generosa manera con tal galardón y tales palabras.

Debo confesar mi orgullo, Sr. presidente, al escucharle calificar de “vasco universal” a este hijo de Iparralde. He escuchado estas palabras con orgullo pero, un segundo después, me hice aún más orgulloso pensando que, realmente, el ser vasco y el ser universal se confunden.

¡Podría decir que el vasco es universal o no es! Como lo cantan admirablemente los versos del Gerrikako Arbola, que no me atrevo a pronunciar en vasco: “nuestro árbol bendito da y distribuye su fruto en el mundo entero”. Universal. Esto es lo que somos, esto es parte de nuestro ser, esto es parte de nuestro ADN, esto es vocación y, más que nunca, futuro nuestro.

La historia que mejor conocemos, la de los últimos siglos de modernidad nos lo cuenta. Cuando se descubre la historia de un mundo único, descubriendo la rotundidad de la tierra, ahí encontramos al vasco de Getaria Sebastián Elkano. Cuando cuatro siglos después, comete la humanidad el gesto suicida que, en el albor del apocalipsis, abre el tiempo de la post modernidad, está ahí en Nagasaki, Japón, el jesuita bilbaíno, Pedro Arrupe. Si seguimos este último testigo de esta monstruosidad en sus reflexiones, quedamos convencidos de que este mundo nuestro solo tiene porvenir si los hombres se convierten, al menos, a este último deber que la Declaración Universal de Derechos Humanos proclamada en 1948 les recuerda, nos recuerda a todos, un único deber para la humanidad: fraternidad. Y para escribir este deber de su puño y letra, este deber que los dice todos, ahí esta en las Naciones Unidas, mi paisano bayonés, René Cassin.

Diciendo esto, cómo no reconocer, que los hombres de esta tierra, en estos tiempos de cambios radicales, tienen que manifestar su fraternal universalidad de manera muy especial y cómo no celebrar la manera en que, con humildad pero con eficacia, siguen haciéndolo, y les doy tres ejemplos:

Primero, manteniendo sus espíritus y sus vidas orientados hacia estos valores de universalidad y de fraternidad. Esto es para mí la ocasión, Sr. presidente, de saludar la magnífica labor de la Fundación Sabino Arana,

tan atenta a todas las promesas y a todos los riesgos de nuestro tiempo para tratar de humanizarlo. Este es también el propósito de los Diálogos de Iruaritz, que, gracias a la generosidad y a la imaginación increíblemente activa de nuestro amigo Luis de Lezama, incansable impulsor del capital humano, nos invitan, año tras año, desde hace más de veinte años, a hacer más lúcido y constructivo nuestro examen de los signos de los tiempos.

Segundo, manteniendo el vínculo estrecho y recíproco entre lo local y lo universal, ofreciendo al mundo lo mejor de lo que se inventa aquí y, por ejemplo, en estos años de crisis económica profunda, brindándole al mundo el magnífico ejemplo del éxito de una empresa personalista y comunitaria como lo son las cooperativas de Mondragon, que esta fundación premió en el año 1990. Déjenme saludar aquí a mi amigo Juan Manuel Sinde, presidente de la Fundación Arizmendiarieta.

Tercero, y finalmente, en un momento en que el mundo parece dudar de su destino de unidad y que aquí o allá podría empezar a fragmentarse, trabajemos con más empeño que nunca para inventar soluciones universales a problemas que no conocen fronteras y que no podrán resolverse sin instituciones mundiales refundadas y fortalecidas. Sí, señor presidente, esta es hora de universalismo, es hora de fortalecer a nuestras instituciones contra las amenazas de un proteccionismo excluyente y regresivo; démosle a Europa el perfil nuevo que estos tiempos requieren, el perfil que sugiere su identidad, tan bien definida por Juan Pablo II hace treinta años, como el “continente de la apertura”; démosles, en fin, a las instituciones de las Naciones Unidas y de Bretton Woods, el apoyo que les es indispensable para hacer que prevalezcan las respuestas universales imprescindibles a los problemas de hoy y de mañana.

Amigos míos, amigos todos, estas son algunas de nuestras tareas. Perseveremos en ellas y continuemos, como vascos universales, según las propias palabras de José María Arizmendiarieta: “A seguir empujando a la humanidad lejos, hacia adelante... lejos y en lo alto”. Añadiré solo que este premio que dedico a mi amigo, debería decir a mi hermano, el ganés Kofi Annan, el magnífico secretario general de las Naciones Unidas, que ahora nos mira desde el paraíso de los hombres de buena voluntad. ¡Para Kofi!

## MICHEL CAMDESSUS